

Una noche, hace
mucho, mucho tiempo,

una estrellita emitía
desde el firmamento

su suave brillo hacia la
tierra adormilada.

Mas pese a su fulgor, la
pequeña lloraba.



No despido mucha luz. ¿Me verá alguien?

—No hay astro que menos luz que yo despida.

¿Habrá alguien allá abajo que me mira?

Con tanta estrella magnífica a mi alrededor,

¿alcanza alguien a ver mi tenue resplandor?



Entonces en el Cielo se
oyó susurrar

a un ángel unas palabras
de pesar:

—Yo también soy
pequeño —lloró—.

Si duermo, nadie echa en
falta mi voz.



Pues mientras el angelito
dormía,

un coro celeste entonó
cantos de alegría

que en la noche entera
se extendieron,

y al parecer nadie lo
echó de menos.

En ese
momento
subió de la
Tierra un
sollozo,

el de una gota
triste que
había perdido
el gozo:

—No soy
más que una
lágrima que
nadie ama,
que no tiene
nombre y en
silencio se
derrama.



—Expreso
tristeza y
pena del
corazón

por un revés
sufrido o una
separación.

Pero pienso:
¡Cuánto mejor
sería

si pudiera
reflejar
alegría!

Una luciérnaga
también
se quejaba
bastante:

— Soy un
simple insecto
insignificante.

No tengo la
elegancia de
una mariposa,

ningún atributo
que me haga
hermosa.

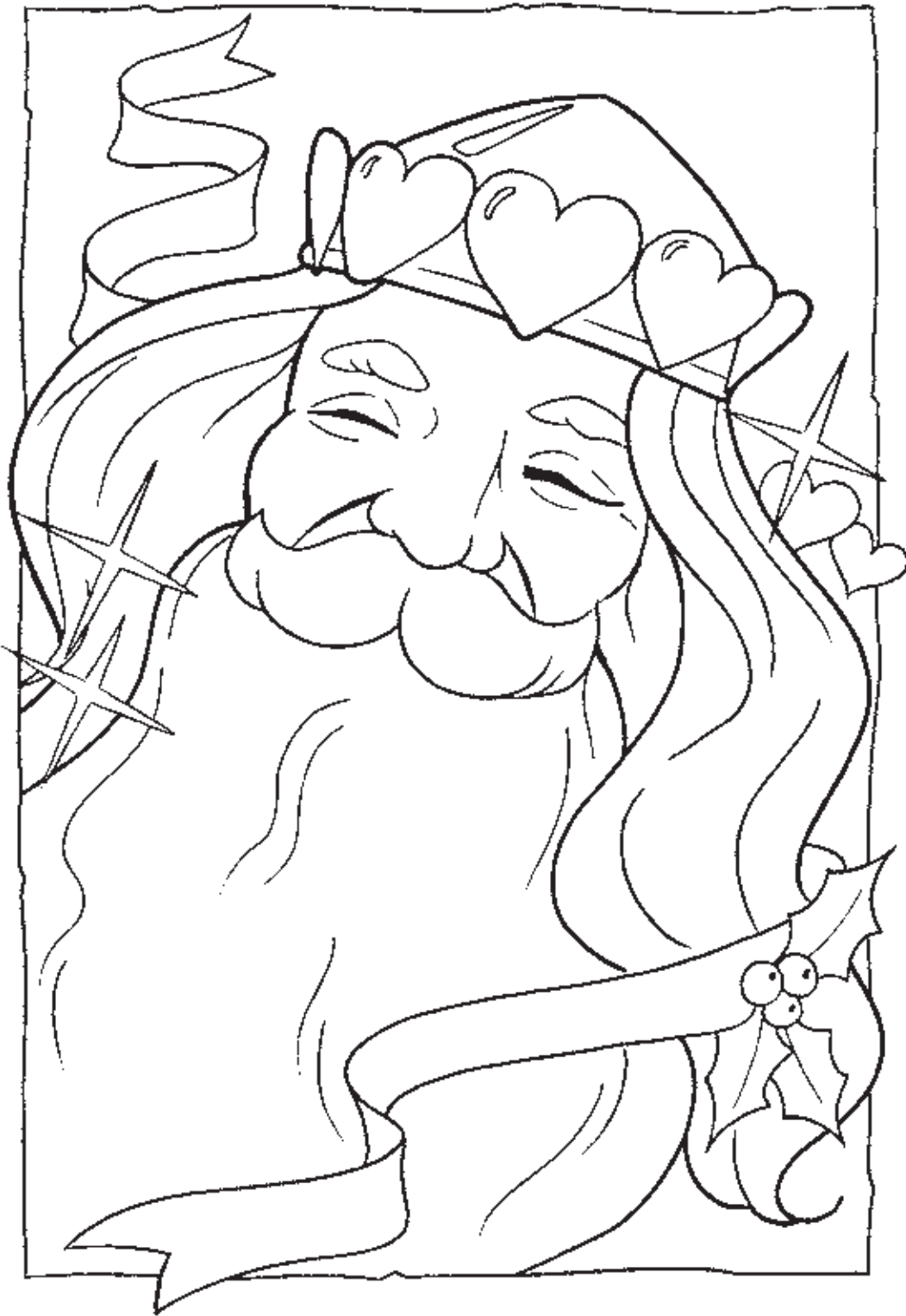


- Si fuera un
pájaro o una
flor fragante

irradiaría
belleza a cada
instante.

¿Cómo
puedo estar
contenta
siendo
insulsa?

Los demás no
sienten por mí
sino repulsa.



Dios oyó con amor desde
muy arriba

los gemidos de Sus
criaturas queridas.

—¿Por qué se lamentan si
los hice a la perfección,
siguiendo los dictados de
Mi corazón?



—Estrellita, resplandece,
pues un pastorcillo

se alegrará al descubrir tu
brillo.

Y al besar Dios la estrella,
el zagal la vio

y se quedó mirándola con
ilusión.



En un pesebre, entre pa-
jas, yacía un niño.

Dios se volvió al ángel y
dijo con cariño:

—Para ti especialmente
compuse un dulce canto.

Cántaselo a Mi Hijo y
calma Su llanto.



—Tú, lágrima, mostrarás
la emoción presente

en el corazón de Su
madre: lentamente

por su suave mejilla
resbalarás

hasta besar la sonrisa
que adorna su faz.



—Y ¿dónde está Mi
luciérnaga —Dios dijo—.

Por favor, baila para Mi
Hijo.

Revolotea en la oscuridad.

Emite luz con intensidad.



Bailó la luciérnaga, brilló la
estrella,

arrulló el ángel, corrió la
lágrima aquella.

Cada uno de ellos, aunque
era pequeño,

cumplió su papel en el divino
diseño.

Texto: Katiuscia Giusti. Traducción: Jorge Solá y Antonia López.

Ilustraciones: Agnès Lemaire.

© La Familia Internacional, 2010.